

JORGE SUÁREZ RAMÍREZ Y SU HISTORIA DEL CINE GUAYAQUILEÑO

Marcelo Báez Meza

Escuela Superior Politécnica del Litoral
Guayaquil, Ecuador
miamibaez@gmail.com

Reseña del libro:

Jorge Suárez Ramírez, *Cine mudo, ciudad parlante. Historia del cine guayaquileño* (Ediciones de la Muy Ilustre Municipalidad de Guayaquil, 2013 y 2015), 2 tomos.

El cine, según León Felipe (1884-1968), "es una máquina de contar cuentos que se inventó porque el poeta dijo un día: un cuento bueno, un poema, hay que contárselos a todos los habitantes del planeta". En esta aldea global nunca fue tan cierta esta reflexión que viene de un poeta. La comunicación masiva está cada vez más marcada por las nuevas tecnologías. Si en la edad media los vitrales de las catedrales eran la expresión más aleccionadora del catolicismo, en la edad hipermoderna que vivimos ahora cuenta el cine (esa otra religión) como el máximo medio poscapitalista. Ya no es válida la metáfora del cine como una catedral porque ahora el séptimo arte está en todas partes: las pequeñas pantallas de los smartphones, Ipad mini, Iphone, tablets, YouTube, Vimeo... Vivimos en la era del *streaming* con la plataforma Netflix liderando la forma en

que el cine debe difundirse. La gran pantalla se ha empequeñecido para agigantar su radio de propagación. Es precisamente en esta época signada por la tecnocracia del segundo milenio que resulta más necesario reflexionar sobre los orígenes. El cine, hijo de la fotografía y la ópera, nieto de la pintura y el teatro, fue alguna vez silente. Esto nos lo recuerda una vez más Jorge Suárez Ramírez en sus dos tomos de *Cine mudo, ciudad parlante. Historia del cine guayaquileño* (Ediciones de la Muy Ilustre Municipalidad de Guayaquil, 2013 y 2015). Ambos volúmenes están editados en tapa dura y papel couché de alto gramaje. El primero tiene 532 páginas; el segundo, 488.

El autor es una figura señera en la difusión del cine en Guayaquil. Ha asistido 60 veces a la entrega del Óscar desde que en 1955 presenciara a Marlon Brando

subir al pódium para recoger su estatuilla por *Nido de ratas*. Ha escrito cinco mil artículos sobre la historia de estos premios en los principales medios locales de comunicación escrita. En total, Suárez calcula que ha redactado cerca de diez mil textos sobre el séptimo arte incluyendo los cuatro mil y pico sobre el Óscar y sin contar las entrevistas realizadas a las estrellas más rutilantes del cine norteamericano. De su trayectoria televisiva se puede decir que sobrepasó las tres mil emisiones (a nadie le fue indiferente el raudal de sus programas *Noches espectaculares* y *Noches del Oscar* transmitidos en las décadas de los setenta, ochenta y noventa). Dirige actualmente la Cinemateca de la Casa de la Cultura Ecuatoriana Núcleo del Guayas, institución a través de la cual proyecta semanalmente clásicos de la historia del séptimo arte.

Los muchos, intensos y fecundos años que ha desplegado Jorge Suárez Ramírez estudiando el cine, se ven plasmados en estos dos tomos. Esta vez nos entrega la historia de los premios Óscar. Ahora es el cine mudo del puerto quien habla a través del cinéfilo guayaquileño. La ciudad se vuelve parlante a través de su titánica investigación. *Cine mudo, ciudad parlante* (Biblioteca de la Muy Ilustre Municipalidad de Guayaquil, 2013) es la historia ilustrada de Santiago de Guayaquil envuelta en celuloide. Esas películas que se perdieron para siempre en el fuego del olvido, él las rescata desempolvando las hemerotecas y todos los

anales disponibles sobre el que fue el pequeño y gran séptimo arte guayaquileño. Siempre con el rigor de un historiador y con la mirada del cinéfilo nos entrega un material que va más allá del anecdotario. Todo lo que integra el cine local de antaño aparece diseccionado con su pluma incisiva, casi a la manera de una novela. Él permite a la cinematografía del pasado alargar su sombra hacia el presente, con sus altas y bajas, con sus leyendas y pequeños mitos; crea entonces la *imagoteca* silente con la trascendencia para nuestro mundo, con la diversión que aportó más los valores que representó en su marco sociopolítico.

La misión del cinéfilo parecía imposible: no se conoce ni un solo metro de película ecuatoriana del periodo silente. El investigador parece decirnos: no importa, de esta proyección me encargo yo. Toma entre sus manos materiales de la época y él mismo escribe, produce y dirige la historia de ese ilustre desconocido que es el séptimo arte ecuatoriano. Lo hace con el rigor de un historiador que sabe bucear en las fuentes. Se nota que se ha manchado las manos de la tinta del tiempo en esos monasterios llamados bibliotecas y archivos historiográficos. Su investigación duró casi una década abarcando con paciencia y denuedo periódicos, diarios y revistas desde 1896 hasta 1933. Lo más dificultoso fue elaborar las fichas técnicas de cada película ya que los datos aparecían por cuenta gotas. Una fuente ofrecía, por ejemplo, el nombre del director de

fotografía, otro publicaba el nombre del guionista y así nuestro hombre fue recogiendo cada dato como estuviera jugando al almacén de un rompecabezas.

Año por año, década por década, Suárez Ramírez nos muestra en sus dos tomos, esas películas que el tiempo, el calor y el descuido destruyeron. No hay que echarle la culpa a nadie: un arte tan joven como el cine no venía con un manual de instrucciones que ordenara cómo preservarlo. La Film Foundation de Martin Scorsese es muy clara en cuanto a estadísticas: la mitad de los filmes hechos antes de 1950 se han perdido y más del 90% de lo filmado antes de 1929 se destruyó. Con estas cifras es fácil entender cómo nuestro Guayaquil perdió toda su filmografía muda. Pero no importa, don Jorge con sus sabias manos ha rescatado todo un mundo escarbando entre periódicos.

El despliegue de material fotográfico, programas de mano (con los precios en sures), cartas y de todo tipo de documentos es ensalzable. Es como si la ausencia de material filmico no representara un problema por el derroche de fotos, más los facsímiles de misivas, anuncios de prensa y artículos o reseñas que se publicaron en su momento. Este material nos ayuda a visualizar el cine guayaquileño mudo y permite su preservación letrada.

La historia cinematográfica del puerto no se concibe aquí como la relación temporal de directores y autores de filmes, ni como la historiografía de intérpretes y estrellas, ni tampoco como la

contextualización de estilos, géneros o conceptos. *Cine mudo, ciudad parlante* es el recuento cronológico de productos filmicos concretos hecho año por año, lustro por lustro y década por década, a la manera de una crónica con afán didáctico.

La misión parecía imposible: no se conoce ni un solo metro de película ecuatoriana del periodo silente. El autor parece decirnos: no importa, de esta proyección me encargo yo. Toma entre sus manos materiales de la época y él mismo escribe, produce y dirige la historia de ese ilustre desconocido que es el séptimo arte porteño. Lo hace con el rigor de un historiador que sabe bucear en las fuentes. Se nota que el autor se ha manchado las manos de la tinta del tiempo en esos monasterios llamados bibliotecas y archivos historiográficos.

El primer tomo empieza usando el registro de la novela policial. El asesinato del cónsul del Ecuador en Valparaíso en 1901. Se trata de un comienzo que turba al lector pero termina tomándolo como rehén. Una obra que empieza así le da un puntapié a la puerta de cualquier normativa y crea un ritmo que no va a parar durante las siguientes páginas. Año por año, década por década, Suárez Ramírez nos muestra esas películas que el tiempo, el calor y el descuido destruyeron. No hay que echarle la culpa a nadie: un arte tan joven como el cine no venía con un manual de instrucciones que ordenara cómo preservarlo. La Film Foundation de Martin Scorsese es muy clara en cuanto a cifras: la mitad de los filmes hechos antes de 1950 se han

perdido y más del 90% de lo filmado antes de 1929 se destruyó. Con tales estadísticas es fácil entender cómo nuestro Guayaquil perdió toda su filmografía muda.

El cine es tan sólo un pretexto para el autor, porque la ambición historiográfica no se limita únicamente a lo cinéfilo. Suárez Ramírez va más allá. Bucea en el terreno de la política y nos ofrece episodios muy detallados como la época del gran cacao, del ferrocarril que habría de unir a sierra con consta, la fiebre amarilla, el auge y la decadencia del alfarismo. La descripción de las muertes de Eloy Alfaro y Pedro Montero, por ejemplo, constituyen una muestra del talento narrativo de este historiador que no tiene nada de debutante.

Una idea recorre el primer tomo de rabo a cabo y viceversa: el cine ecuatoriano empezó en Guayaquil, las primeras exhibiciones de vistas se dieron en este puerto y el cine de argumento tuvo como pionero al guayaquileño Augusto San Miguel. Este personaje que ya fue diseccionado por Wilma Granda aparece sin su aura mítica y le da el sitio que corresponde en el imaginario social. Suárez Ramírez es tan objetivo con éste como con otros personajes del *star system* del Chollywood guayaquileño. El desfile de celebridades extranjeras que visitan nuestro puerto es también vasto: Ana Pavlova, Sarah Bernhardt y tantas otras. Cada visitante sirve de espejo que devuelve la imagen de una ciudad que se va abriendo al mundo.

Como si no bastara la presentación vivida del contexto social y político,

Suárez nos entrega grandes pincelazos de la historia de la aeronáutica guayaquileña. Se trata de un aspecto que permite hacer «tan aérea, tan leve y tan divina» a nuestra ciudad parlante.

El autor no sólo sobrevuela por el puerto, es también un cartógrafo que nos va situando en cada uno de los cines y teatros que tuvo el Guayaquil de antaño, con sus direcciones exactas, la cartelera extensamente analizada y la lista de precios en sucres. Su afán didáctico nos lleva a conocer el funcionamiento del kinetoscopio, el Kaleidoscopio, el cronógrafo, etc. El despliegue de material fotográfico, programas de mano, cartas y de todo tipo de documentos es loable. Es como si la ausencia de material fílmico no representara un problema por la abundancia de fotografías, más los facsímiles de cartas, anuncios de prensa y artículos o reseñas que se publicaron en su momento. Este material nos ayuda a visualizar el cine guayaquileño mudo y permite su preservación letrada.

En el segundo tomo Suárez Ramírez nos da una reseña de las líneas aéreas Scadta y PAGAI (posteriormente denominada Panagra) que volaron los cielos del puerto a fines de los años veinte. No por nada nos entrega noticias de que *Alas* (1927) es la cinta más taquillera en esa época.

Si el escritor Alfredo Pareja Diezcanseco contó en *Señorita Ecuador*, su primera novela, la historia de nuestra primera miss, Sara Chacón, Suárez la recuenta con recortes de su época y a través de testimonios de la época. Incluso nos entrega

una breve historia de cómo se inició el concurso de Miss Ecuador más un dato revelador: Sarita es traída desde Miami, donde estaba radicada, para ser embarcada en *Mientras Guayaquil duerme*, proyecto cinematográfico que nunca cuajó.

El segundo tomo continúa con la premisa del anterior: el cine ecuatoriano empezó en Guayaquil, las primeras exhibiciones de vistas se dieron en este puerto y hasta tuvimos un *star system*. El autor nos devela en una extensa noticia biográfica a doña Araceli Rey, la primera actriz guayaquileña radicada en Hollywood. Lo que pudo haber sido un libro exclusivamente dedicado a la olvidada diva es un diamante incrustado en la mitad de esta secuela. La diosa guayaca es sólo un pretexto para dar rienda suelta a la erudición de Suárez Ramírez quien aprovecha para darnos un manual historiográfico de los inicios del cine de Hollywoodlandia, ese suburbio de Los Ángeles que ha impuesto globalmente su visión de cómo se deben contar historias audiovisuales. Es loable la forma en que el autor ha logrado que los inicios de la industria gringa se pongan a dialogar con los avatares del cine silente de nuestro puerto.

Se le agradece al historiador el darnos datos únicos: *Guayaquil de mis amores* fue el título más taquillero del celuloide mudo guayaquileño, el teatro Olmedo fue víctima del fuego; irónicamente en esa misma época se filma *Incendio* (1931), la más ambiciosa de todas cuantas se rodaron por su presupuesto y puesta en

escena; hay un seguimiento completo al cineasta chileno Alberto Santana (1899-1966) durante su estancia en Guayaquil; todos estos eventos aparecen con material fotográfico de primera, no sólo tomado de la prensa de la época, sino también de archivos personales de herederos de los que vivieron los hechos. En este sentido, hay que señalar la enorme cantidad de imágenes inéditas que aparecen en este segundo tomo.

En el aspecto histórico el libro expone escenas señeras: la inauguración del monumento de La Rotonda en el malecón, Guayaquil se queda intencionalmente a oscuras como un homenaje al enterarse de la muerte de Thomas Alva Edison, el cadáver de Juan Montalvo llevado de París a Guayaquil donde es exhumado para luego ser llevado a la ciudad de Ambato, las primeras maniobras de colonización de las Galápagos y los intentos de hacer cine en esas islas. En las últimas secciones de este mamotreto el autor nos proyecta el paulatino declive del cine silente y cómo de a poco fue ganando terreno el sonoro.

Este nuevo tomo de *Cine mudo, ciudad parlante* pulveriza el adagio "Segundas partes nunca fueron buenas". El lugar común "es un legado para las nuevas generaciones" nunca ha sido tan preciso como en este caso. Una vez concluida su hazaña, Jorge Suárez Ramírez se ha convertido en el cronista vitalicio del cine guayaquileño y en el curador del museo de lo eterno.